

MAD MARÍA

MÁRCIO SOUZA

TRADUCCIÓN DE BASILIO LOSADA



VOLCANO

Título original: «MAD MARÍA»

Publicado originalmente en Brasil, en 1980, por Civilização Brasileira.

Primera edición en VOLCANO Libros: octubre 2017

Copyright © 2017, Márcio Souza, by Stéphane Chao Agência Literária.

© de la traducción: Basilio Losada.

© de la presente edición: PÁPEL K Editorial S.L.

VOLCANO Libros

C/ Ávila, 1- 1ªA. 28231 Las Rozas, Madrid (España)

www.volcanolibros.com

Diseño de colección: Javier García

Diseño gráfico: Mikel Escalera

Maquetación: Sandra Rodríguez

IBIC: FA

ISBN: 978-84-947471-0-6

Depósito Legal: M-2351-2017

Impreso en Kadmos. Compañía, 5, 37002 Salamanca (España)

Todos los derechos reservados, incluidos los de reproducción total o parcial en cualquier formato.

Este libro ha sido impreso en papel Natural de J. Vilaseca, un papel neutro de noventa gramos, sin colorantes y respetuoso con el medioambiente. El texto principal ha sido compaginado con la tipografía Caslon en cuerpo 11,5.

ÍNDICE

Occidente Express	11
Arbeit macht frei	117
Llegará un día en que nos reiremos de todo esto	217
Si no puede resistir, relájese y goce	319
Las delicias de la acumulación primitiva	381



Para Jamacy y América, mis padres.

«I know he is a son of a bitch.
But he is *our* son of a bitch.»

HARRY S. TRUMAN



LIBRO I
OCCIDENTE EXPRESS



CASI TODO LO QUE SE CUENTA en este libro podría haber ocurrido tal como está escrito. En lo referente a la construcción del ferrocarril, hay mucho de verdad. En cuanto a la política de las altas esferas, también. Y en lo que al lector le parece familiar, no se engaña tampoco: al capitalismo no le da vergüenza repetirse.

Pero este libro es solo una novela.

Fíjese:

Finnegan no sabía que los escorpiones empezaban a aparecer al comienzo del verano.

Y, en definitiva ¿qué era el verano en aquella tierra?

Por lo que Finnegan había podido ver, verano era cuando las lluvias caían incontrolables y los malditos escorpiones aparecían en el suelo del barracón, entre las sábanas y las colchas de los catres, escondidos en las botas y desafiantes con sus pinzas y colas alzadas, estáticos, como pequeñas excavadoras mecánicas.

Era el primer verano que Finnegan pasaba allí y empezaba a aprender por su cuenta a luchar con los escorpiones. Nadie le había hablado de escorpiones. Pero no podía quejarse: una lista de horrores tan extensa que difícilmente podía tomarla un hombre en serio, le había servido de presentación a aquella tierra.

Finnegan sabía que incluso los horrores precisaban ser comedidos para ganar credibilidad, pero la imaginación humana parecía haber destinado a aquella tierra un conjunto tan amplio de peligros y amenazas que llegaba a considerar esto como señal de que algún tipo de misterio estaba oculto tras esta especie de cortina de exageraciones.

Dos semanas, solo dos, fueron suficientes para demostrar que allí no había ningún misterio y que la lista estaba incompleta. Y es que Finnegan cultivaba el sentido de lo comedido en lo que a horrores se refiere, un sentido propio de un médico, pero que no encajaba en la perspectiva de los rigores que estaba presenciando.

Lo que hasta entonces había sido horroroso para Finnegan, no pasaba allí de una tímida y leve molestia casi indolora. La capacidad de los horrores para sucederse sin pausa parecía inagotable, como los escorpiones. Las tragedias irrumpían y en aquellos primeros días alcanzaban un sentido inescrutable. El buen muchacho que Finnegan era, se pasmaba ante la capacidad de los hombres para soportar los peores extremos. Y, lo más grave, para buscar deliberadamente esos extremos y fingir, pasar sobre ellos, morir a gritos, permanecer indiferentes y taciturnos ante la desgracia del vecino.

Cosas de la vida.

Finnegan no sabía si algún día podría lograr aquella indiferencia taciturna, obstinada, fruto de la insolencia de la miseria, tan diferente al espíritu de aventura que él creía el móvil principal de todos los que llegaban hasta allí.

Y las tragedias ni siquiera eran trágicas, eran casualidades, accidentes de trabajo, infortunios congelados en la cadena de lo prosaico.

Aquella mañana, Finnegan llevaba ya aplastados algunos escorpiones. Se sentía físicamente bien. Se había levantado de la cama y había agitado violentamente las botas antes de

calzárselas. Invariablemente, de las botas caían uno o dos de aquellos repelentes visitantes. Los caparazones destrozados quedaban en el piso de madera del barracón, y pronto cargaría con ellos un batallón de atareadas hormigas rojas, pequeñas, que también formaban parte del inagotable repertorio de plagas naturales que gravitaban en torno de la plaga mayor, la plaga humana. En realidad, Finnegan se sentía aún inseguro para arriesgar cualquier juicio definitivo sobre cualquier cosa. Era un muchacho despierto, pero sin ninguna experiencia. Sus pensamientos aún estaban verdes y no sabía si realmente había sido un acierto aceptar aquel trabajo allá.

El muchacho miró hacia afuera, los cristales de la ventana estaban tan miserablemente sucios que no permitían ver el movimiento de los trabajadores que ruidosamente empezaban a actuar apenas salía el sol. Los vidrios permitían que la fuerte luz invadiera el interior del barracón, y nada más. El calor no se había instalado aún allí. Todas las mañanas el calor se veía obligado a luchar con la humedad que se entañaba fervorosamente en las cosas, que a veces congelaba los huesos de madrugada, machacaba las articulaciones como los puñetazos machacarían a un púgil desastrado. Incluso consciente de que el calor acabaría por vencer, Finnegan estaba enteramente vestido. Parecía no afectarle el ambiente de sauna enfermiza que iba a predominar en su rutina diaria, de las once de la mañana a las tres de la tarde. Se ponía el uniforme completo porque ese era su reglamento personal. Por encima de los horrores, estaba la eficiencia profesional, la única arma que había encontrado hasta entonces para soportar los misterios que no existían.

Miró hacia el interior del barracón. La luz no dejaba ningún espacio en penumbra. Era increíble aquella luz. Sus ayudantes estaban ya fuera, recorriendo el frente de trabajo. El barracón estaba prácticamente vacío, pero no iba a permanecer así mucho tiempo, lo sabía. Pronto vendrían otros a unirse a aquel

negro de Barbados, agotado, la respiración débil, ardiendo de fiebre, que agonizaba desde la tarde anterior.

El barracón era la enfermería del grupo de construcción del paso del Abuná. Finnegan vio que el negro movía un brazo, y se acercó. El hombre tenía los ojos muy abiertos. Ojos oscuros que no reflejaban ningún brillo. El barbadiano estaba murmurando algo y Finnegan asintió con la cabeza como si hubiera comprendido la agonía de aquel hombre. Los dedos ásperos del moribundo le cogieron de la manga de la camisa. Finnegan entendió, y procuró acercar el oído a la boca del hombre. No le costaba nada escuchar al barbadiano, tal vez siguiera delirando si no le había bajado la fiebre durante la noche.

—¿Me estoy muriendo, doctor? —preguntó el hombre.

Finnegan le agarró la muñeca, notando la fiebre, aunque fuera también un gesto de solidaridad. Se quedó callado oyendo como el hombre volvía a hacer, en un murmullo, la misma pregunta.

—¿De verdad estoy muriéndome, doctor? —concluyó el hombre por sí mismo, ya que no podía arrancarle ninguna respuesta al médico—. También usted ha caído en la trampa —dijo el moribundo sintiendo el cuerpo entero temblándole de frío—. También usted ha caído en la trampa.

Igual que al son de las «Doce variaciones en fa mayor sobre *Ein Madchen oder Weibchen*» de la ópera *La flauta mágica* de Mozart, por Beethoven, concierto para violoncelo y piano, un turbión de agua se precipita sobre las piedras crispadas en el salto principal del rápido del Ribeirao.

El sol cae fortísimo, y millones de gotas de vapor componen irisaciones y un finísimo arco iris. Una gran balsa va siendo arrastrada corriente arriba, atada con gruesas cuerdas. La balsa danza al ritmo demoníaco de las aguas furiosas. Un piano reluciente, de cola, negro, brillando al sol, va amarrado en la balsa.

Los hombres, casi todos indios, procuran vencer la fuerza de la corriente y tiran de las cuerdas, desde cada orilla, con desesperada ansiedad. Pero la fuerza humana representa poco ante la corriente que baja a velocidad fantástica. El único hombre blanco, Alonso Campero, grita y corre, saltando entre las rocas, alentando a los indios.

Con el mismo nerviosismo, su mujer, Consuelo, acompaña a Alonso saltando por las piedras. Consuelo no grita, pues está ocupada enteramente en sus oraciones. Ha invocado ya a todos los santos del cielo, ha hecho tantas promesas que, si el piano logra atravesar los rápidos a salvo, se va a pasar el resto de su vida cumpliendo lo prometido. Y el mismo fervor que dedica a conseguir del cielo una ayuda milagrosa, lo concentra en el piano sobre la balsa.

Los indios hacen lo posible, pero ella sabe que es preciso mucho más; la violencia de las aguas supera cualquier esfuerzo y exige realmente milagros para ser vencida. Por eso Consuelo reza, sin parar, corriendo tras el marido, el corazón disparado a cada imprevisto, una blasfemia escapando entre las oraciones cuando algún indio se descuida y está a punto de echarlo todo a perder.

Alonso no estaba en su ambiente y esto aumentaba su ansiedad y su desasosiego. El nerviosismo no le venía solo del hecho de haberse jugado prácticamente todo su dinero en aquel piano, pues al fin y al cabo le quedaba aún la pequeña tienda de Sucre donde vendía partituras musicales, instrumentos para bandas y un amplio suplemento para los innumerables instrumentos de cuerda que había en la ciudad. Está nervioso porque es el cuarto piano de cola importado por él de Alemania, para satisfacer un sueño de su esposa, y esta vez no podía seguir el destino de los tres primeros perdidos todos en uno de los diecinueve rápidos mortales del Madeira.

La inversión era mucha, representaba años de economías, pero lo peor era ver otra vez a su mujer frustrada, llorosa, apa-

gada su belleza, porque tenía aún un temperamento infantil capaz de sentirse profundamente herida por los sueños no realizados. Como hijo único de una familia de españoles, sabía perfectamente el precio de un sueño destrozado.

Alonso era un hombre alto, de pelo fino y oscuro, rostro alargado y de buena proporción, mentón bien dibujado protegiendo una boca de labios gruesos a los que el espeso bigote imprimía delicadeza y sensualidad. El cuerpo atlético poseía un tórax musculoso, brazos y piernas fuertes, pero todo medio oculto por la altura. La sensualidad era adecuada, y los ojos azules le daban un tono romántico que no fallaba nunca en el contacto con las compradoras de partituras. Por eso ninguna mujer desdeñaba una sugerencia suya, aunque fuera la más lacónica, cosa que le enorgullecía, aunque él fuera inocente en lo que se refiere a su viril magnetismo y creyera que el éxito invariable en la venta de partituras se debía a sus conocimientos de música.

Solo Consuelo era consciente del magnético poder de su marido. Ella misma había caído bajo su fascinación, primero sin sospechar de lo que realmente era capaz aquel joven siempre alegre y de cómo se iba ella mostrando cada vez más íntima con él cada vez que iba a la tienda a buscar las últimas partituras de las piezas de moda y las lecciones de piano más recientes.

Alonso estaba solo al cuidado de la tienda desde que había perdido a sus padres, y parecía feliz con aquel trabajo especializado y tranquilo que lo ponía en contacto con dos mundos diversos y curiosos. Para las señoras y señoritas de la sociedad culta de Sucre, la Casa Santa Cecilia representaba un punto de afirmación de sus dotes espirituales, pues allí se encontraban impresas las notas de Chopin, Mozart, Beethoven y otros maestros, para el deleite de ciertas noches especiales, reuniones un poco aburridas pero donde ellas exteriorizaban sus talentos no exactamente culinarios y participaban así en la vida cultural, tarea de hombres. Con esta parte de la sociedad de Sucre, Alonso extremaba su romanticismo, y sus clientas, observadas

por sus cálidas miradas, salían con brazadas de partituras dejando allí buenos dineros. Pero había también otro mundo, el de las bandas de música del interior y el de los tañedores de guitarra y bandolina, gente más abierta, alegre, juerguista, que siempre entraba en la tienda cuando estaba a punto de cerrar y compraba poco, partituras, cuerdas, púas, clavijas, menudencias que no representaban nada financieramente en su cantidad pero sí por el contacto con otra fauna de la ciudad, la de los bohemios, la de los cabarets, bares y parrandas domingueras. Con estos, Alonso apenas tomaba la iniciativa. Le gustaba escuchar, preguntar, llenar su curiosidad de joven solitario que también soñaba, y le gustaba beber en compañía de mujeres comprensivas.

Fuera de este ambiente, Alonso estaba muy nervioso, gritaba con fuerte vozarrón, estimulando a los indios, sin apartar los ojos del piano.

Lo único que le venía a la cabeza era aquella sensación de estar fuera de lugar y fuera del tiempo. En el período devónico debía de ser. Y quizá en el cámbrico. Collier se sentía en la prehistoria del mundo.

La bruma es fuerte, nada se define bien. El frío matinal se disipa en rocío tibio. Un cuerpo sudado, metálico, pero de un metal oscuro, mezclándose con las formas verdosas, vegetales, avanzando jadeante como un dinosaurio, o un estegosaurio, o un brontosaurio. Hay también brillos repentinos de metal cromado, la bruma se adensa a intervalos acompasados, es como una respiración monstruosa, antediluviana, una respiración en un invierno riguroso, aunque el calor sea intenso. Los insectos chirrían con una fricción de metal contra metal. La bruma es ardiente.

Collier oye un jadeo vigoroso, casi un áspero silbido de serpiente. La bruma no le es familiar, el silbido de serpiente es lo que le tranquiliza. Pero la bruma lo domina todo y se com-

plementa, se mezcla, con el vapor del monstruo que avanza lentamente, casi sin desplazarse, arrastrando su enorme peso con indolencia y cautela. Entre la bruma hay una actividad febril de animales menores. Solo son mamíferos, piensa Collier, activos como siempre a aquellas horas de la mañana, pero es prácticamente imposible definir su acción. La bruma y el vapor lo transforman todo en una ilustración de paisaje prehistórico. Y eso, todos los días. Son vagas formas que se mueven entre hojas de curiosos perfiles, y ella está, también, en la bruma, dentro. Marcando las formas vagas que se mueven hay puntos de luz amarillenta. Parecen luciérnagas desplazándose y dando vueltas con irritante lentitud.

La bruma se va adensando conforme se aproxima al suelo. La cosa sudada respira vapor y avanza penosamente, refunfunando. Estamos en el río Abuná, en una mañana cualquiera, en 1911, en verano.

En el período cámbrico debía de ser así.

Collier se veía ante uno de los peores momentos de un trabajo técnicamente sencillo. Pero eran treinta millas de pantanos y barrizales. Los hombres trabajan en condiciones jamás imaginadas. Muchos morirán, porque el trabajo es duro, porque nunca lograrán adaptarse lo suficiente a aquel terreno adverso. A Collier le gustaría estar lejos de todo aquello, no tenía por qué exponerse de aquel modo. Sabía que podía enfermar, y que quien cayera enfermo en el Abuná, estaba condenado. Las condiciones de trabajo no eran lo mejor de aquel loco proyecto.

Collier puede ver a nueve barbadianos cargando con un raíl. Empieza ahora el día a clarear y pronto estará fuerte el sol, y el cielo sin nubes.

Los barbadianos van ya cubiertos de sudor, brilla su piel negra y chapotean en el agua que les llega a las rodillas. Collier tiene allí, bajo sus órdenes, a ciento cincuenta hombres. El objetivo es atravesar los cenagales del río Abuná con un tendedo de ferrocarril, cosa que no parece difícil. Los barbadianos

arrastran el raíl hacia el lugar donde otros trabajadores abren zanjas con picos y palas.

Collier siente sed, y sus brazos están llenos de placas e hinchazones. Cuando se pasa la mano por la piel del brazo es como si lo hiciera sobre la gruesa piel de un saurio. Los brazos del ingeniero Collier habían sido cruelmente mordidos por los mosquitos. Y todo porque olvidó ponerse una camisa de manga larga. Se vio obligado a entrar veinte metros en la espesura, e inmediatamente se lanzaron sobre él los insectos clavándole los agujones y chupándole la sangre. Su codo derecho se convirtió en una manzana blanda y sanguinolenta. El codo izquierdo se convirtió en una cereza madura.

El sol arde ahora sobre la piel negra de los peones de Barbados, pero ellos procuran protegerse, llevan ropas cerradas y calzones largos, aunque este no parezca el vestido adecuado para trabajar a treinta y dos grados. La viga metálica brilla a la luz del sol.

Collier tiene sed y siente punzadas de dolor de cabeza. Su mayor temor es ponerse enfermo en el Abuná, pero nadie sabe que tiene miedo. Es un hombre seco, silencioso, como crispado siempre. Dentro de sus atribuciones dirige a los ciento cincuenta trabajadores, cuarenta alemanes turbulentos, veinte españoles cretinos, cuarenta barbadianos idiotas, treinta chinos imbéciles, aparte de los portugueses, italianos y de otras nacionalidades exóticas, más un puñado de brasileños, todos estúpidos. Los responsables, muy pocos, son norteamericanos. Los mandamases son también norteamericanos y aquel es un proyecto norteamericano. Pero Collier es ciudadano inglés, un viejo y obstinado ingeniero inglés. Todos los que se relacionan directamente con el ingeniero son norteamericanos, como el joven médico, el maquinista, el fogonero, los mecánicos, topógrafos, cocineros y enfermeros. Collier es el responsable de todos ellos, pero solo en lo que se refiere a la correcta utilización de cada hombre en el tajo, por

lo demás, cada uno cuida de su propio pellejo. El ingeniero tiene sed y mucho miedo de ponerse enfermo. Le preocupa su pellejo.

Los chinos trabajan en la tala, y van avanzando selva adentro. Los alemanes cuidan del servicio de explanación. Los barbadianos se encargan de colocar los raíles. Los españoles, procedentes del servicio represivo colonial en Cuba, sirven como capataces y forman el servicio de seguridad. Cada hombre tiene su trabajo definido, y la jornada es de once horas, con derecho a una pausa a mediodía, para comer. Pero el aspecto de cada hombre es el mismo, independientemente de su nacionalidad. Todos van igualmente andrajosos, abatidos, esqueléticos, decrépitos como internados en un campo de trabajos forzados.

Junto a Collier avanza un peón barbadiano. Es un hombre alto y flaco, mira al cielo y se limpia el sudor que le empapa la piel. Los barbadianos tienen facciones muy particulares, pero este parece llevar una máscara purulenta. Los labios y parte del rostro muestran una especie de micosis que lo deforma de manera repugnante. Mira ahora respetuosamente a Collier. El ingeniero lo conoce desde hace tiempo, es un buen trabajador, respetuoso, con una gran indiferencia por todo lo que le rodea, incluyendo a Collier. La micosis se le irrita con el calor y provoca picazones que le torturan. Por eso el obrero se rasca desesperadamente hasta que empieza a sangrar.

No es agradable ver a un hombre que parece disolverse en sangre y en sudor, y que se rasca furiosamente con el filo del cuchillo o con espinas de la selva. No es agradable el tajo aquel, allí en el Abuná. Y fue allí adonde se fue a meter el ingeniero Collier.

La locomotora avanza lentamente, soltando su humareda. Es una hermosa máquina, como un animal del jurásico. En el lindero de la selva, grandes árboles cretácicos, insectos silúricos, mariposas oligocenas, hormigas pleistocenas, se reúnen.

La vida hierve de manera promiscua y los hombres enloquecen en aquel escenario cenozoico.

Como las hormigas que subían y bajaban por las ramas del árbol él estaba allí, pero invisible. Los civilizados ni siquiera parecían darse cuenta de su presencia. Él estaba confuso, solo, hambriento. Lo peor era aquella hambre que no parecía querer menguar. Dormía poco, y no se alejaba de los civilizados. Estaba siempre cerca de ellos, no entendía nada de aquel trabajo que estaban realizando con tanta desesperación. Y es que, aunque estuviera siempre cerca, no formaba parte de aquel mundo que estaba invadiendo las tierras que habían pertenecido a su pueblo en los tiempos de las antiguas costumbres de los que los viejos hablaban con emoción.

Los viejos habían muerto ya, y las mujeres se habían ido a Santo Antonio. Algunas estaban muertas, y las vivas mataban a los pequeños apenas nacían. Los hombres, incluso los más fuertes, habían muerto también. La mayoría habían encontrado su propio fin enfrentándose a los civilizados cuando él aún era un chiquillo. Y no es que pretendieran realmente enfrentarse con los civilizados, sabían que los invasores eran bravos, más bravos que otros indios sucios de tizne de pescado que bajaban por el río para atacarlos, robar sus bienes e incendiar las chozas.

Los viejos habían intentado hablar con los civilizados una vez. Iban desarmados y llevaban a sus pequeños al cuello. Los civilizados no se amansaron y apuntaron sus carabinas. No dejaron un viejo con vida. Solo los chiquillos, que se quedaron allí llorando, y corrieron luego hacia las chozas para contar lo que había ocurrido.

Pero de esto hacía ya mucho tiempo. Él había visto a su familia morir del hechizo que los civilizados traían. El cuerpo de sus amigos, hermanos, madre, padre, los tíos, ardiendo de fiebre, y millares de llagas cubriéndoles la piel y extendiendo un horrible hedor.

Ahora estaba solo y no salía de las proximidades de los civilizados porque era invisible, como las hormigas.

El escaparate de la confitería, abarrotado de caramelos y pasteles apetitosos, era su mayor encanto. Todos los días, cuando estaba en Río de Janeiro, antes de subir a su despacho, atravesaba rápidamente la Avenida Central, entraba por la Rúa 7 de Septiembre, con las carpetas bajo el brazo, bien protegidas, y se paraba unos minutos ante el escaparate de la Confitería Colombo.

Y no es porque le gustaran especialmente los dulces, sino por la sensación de desearlos a través del cristal del escaparate. Era una vieja costumbre que le venía, por lo visto, de sus tiempos de chiquillo pobre, cuando solo le era permitida la sensación de deseo. Era una explicación un poco absurda, pero que guardaba para sí, como muchas otras sensaciones íntimas que nunca permitía que se manifestaran. Por eso había ganado aquella fama de hombre serio y objetivo. No obstante, él no tenía en mucho esa objetividad suya, era un hombre serio y por eso había aprendido que la objetividad era una manera de manifestarse Dios, a través de su mente, guiando sus emociones, su conocimiento, llevando su discernimiento a optar por lo mejor. El hecho de continuar acariciando una costumbre de la infancia, los ojos ávidos ante el escaparate de la pastelería, también era una señal de Dios que él no había logrado traducir aún enteramente pero que debería de tener su utilidad.

Aquella mañana de 1911, mientras observaba el escaparate de la Confitería Colombo, Percival Farquhar era ya uno de los hombres más poderosos del Brasil.

La apariencia exterior de Farquhar no denunciaba su verdadera importancia. Parecía un hombre cualquiera, fuerte pero bajo, pelo ralo, liso y castaño, rostro redondo y ojos oscuros. El brazo que sostenía firmemente las carpetas de documentos era moderadamente musculado, y el antebrazo, cubierto de vello

más oscuro asomaba por los puños de la camisa blanca, abotonados con monedas de oro del Perú a modo de gemelos.

Los trajes que llevaba, bien cortados, jamás rebasaban el límite de la buena presencia. Usaba siempre ropa oscura y pocas veces le habían visto sin chaqueta y la corbata de seda fina.

Pero esto era solo la apariencia, porque cuando empezaba a hablar, mostraba su voz una seguridad inquebrantable de rufián, una perseverancia de estafador que contenía cualquier réplica de sus interlocutores. Cuando estaba en una reunión, entre sus empleados, los asuntos se llevaban casi siempre dentro de la mayor discreción, y de ahí su fama de hombre objetivo.

Fuera de su cada vez más influyente organización, entre políticos, ministros, era una reproducción de la energía de los hombres de empresa norteamericanos. Sonreía poco, nunca prometía nada, y cumplía rigurosamente todos los acuerdos. Por eso era al mismo tiempo respetado y odiado, y él lo comprendía perfectamente pues sabía que en un país como Brasil, viciado y no enteramente democrático, la objetividad, o como ellos lo llamaran, era una virtud menor frente a la simulación. Y la simulación brasileña le parecía muy próxima a aquella codicia infantil, casi voluptuosidad inocente, que sentía observando los pasteles y caramelos defendidos por el cristal del escaparate.